

DOMINGO CUARTO DE PASCUA

Lectura del santo evangelio según san Juan

En aquel tiempo dijo Jesús: - Mis ovejas escuchan mi voz, y yo las conozco y ellas me siguen, y yo les doy la vida eterna; no perecerán para siempre y nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre, que me las ha dado, supera a todos y nadie puede arrebatarlas de la mano de mi Padre. Yo y el Padre somos uno.

Palabra del Señor

Homilías

(A)

Todos los que estamos aquí y en general todas las personas, somos un poco “pastores” de los demás; somos, en mayor o menor medida, un poco “responsables” de los demás:

- (a) Los PADRES son “responsables y pastores” de sus hijos en esa difícil, delicada y hermosa tarea de educar a sus hijos.
- (b) Los MAESTROS son también “responsables y pastores” en su tarea educadora con los niños que trabajan.
- (c) Los SACERDOTES somos también, de alguna manera, “responsables y pastores” de aquellos creyentes que forman la comunidad parroquial.
- (d) Los que tienen CARGOS DE RESPONSABILIDAD; los CATEQUISTAS; los EDUCADORES JUVENILES también desarrollan, de alguna manera, esta misión de “pastores”.

- Por otra parte, es cierto, que cada uno es dueño de su propia vida; que cada uno debe ser el “pastor” de su propio camino.
- Es cierto que nadie puede pensar ni decidir por otro. Que nadie puede madurar como persona, sino logra su propia autonomía para obrar libremente.

- Sabemos que cada uno es el guía de sí mismo, pero eso no impide que entre todos nos ayudemos y nos responsabilicemos unos de otros.

El modo de ayudarnos unos a otros; de sentirnos responsables unos de otros; de ser un poco “pastores” de los demás, nos lo ha dicho Jesús en el Evangelio de hoy:

- Estando atentos al bien de los demás.
- Estando atentos a las necesidades de los demás.
- Arriesgando la propia vida por los demás.
- No desentendiéndonos de los demás.
- En una palabra: siendo buenos pastores de los demás.

(B)

La imaginación cristiana ha representado a Cristo de muchas maneras. Una de ellas, entrañable, aunque hoy en crisis, la del Pastor, rodeado de sus ovejas...

Pero no es sobre la figura del Pastor, sobre la que quiero hablar hoy, sino sobre las dos condiciones que pone a quienes quieren ser sus ovejas, dos condiciones si de verdad queremos considerarnos cristianos. Y lo dice, Cristo, de una manera tajante. Sus ovejas son:

LAS QUE LO OYEN Y, LAS QUE LE SIGUEN.

Son dos condiciones perfectamente lógicas. También en lo humano, se exige a quien quiere ser discípulo de alguien: que oiga a su maestro y que le siga.

- 1.- Por lo tanto: hay que oír a Jesús porque, de lo contrario no sabremos lo que dijo ni cómo lo dijo. Oír a Jesús seriamente, con toda la seriedad que su mensaje se merece y oírlo como adultos. Y aquí viene la pregunta: ¿Escucho a Jesús? ¿le escucho con gusto? ¿me interesa su mensaje? ¿leo y medito su evangelio? Cuando en la Eucaristía me habla, ¿le escucho?...
- 2.- Y vamos, con la segunda exigencia: seguirle.

Consecuencia lógica de escucharle. Si captamos sus ideas, seguirlo es la consecuencia lógica, de ahí la importancia de escucharlo bien.

Las ideas son los grandes motores de la humanidad. Las grandes revoluciones las han hecho siempre los pensadores, los grandes heroísmos nacen al amparo de las grandes ideas. Y no hay idea más grande que la expuesta por Jesús: Dios es Padre, todos los hombres somos hermanos. Captada esta idea, el cristiano tiene que ponerse en movimiento e intentar hacer que en este mundo la fraternidad reine entre los hombres. Y así lo han hecho a lo largo de los siglos muchísimos seguidores de Jesús, sería interminable la lista de los hombres y mujeres que han corrido tras Cristo.

Seguir a Cristo, por los caminos del perdón, del amor, de la generosidad, de la comprensión, de la solidaridad, de la libertad, de la entrega... No es nada fácil.

Hoy hay muchos cristianos, que se dicen tales, pero no se han puesto en camino por esos senderos marcados por Cristo. Hay muchos cristianos que se sanean a la sombra y que no hacen ningún esfuerzo por caminar por los caminos del Buen Pastor.

Si queremos ser cristianos, tenemos que oír a Jesús y seguirle donde quiera que vaya.

Claro que viendo el camino recorrido por él se comprende que intentemos oírle lo menos posible, para sentir lo menos posible las ganas de seguirle.

(C)

No se puede diseñar programas o técnicas que conduzcan automáticamente hasta Dios. No hay métodos para encontrarse con él de forma segura. Cada uno ha de seguir su propio camino, pues cada uno tiene su manera de abrirse al misterio de Dios. Sin embargo, no todo favorece en igual medida el despertar de la fe. Hay personas que nunca hablan de Dios con nadie. Es un tema tabú; Dios pertenece al mundo de lo privado. Pero, luego

tampoco piensan en él ni lo recuerdan en la intimidad de su conciencia. Esta actitud bastante frecuente incluso entre quienes se dicen creyentes, conduce casi siempre al debilitamiento de la fe. Cuando algo no se recuerda ni se habla nunca, termina muriendo por inanición.

Hay, por el contrario, personas que parecen interesarse mucho por lo religioso. Les gusta plantear cuestiones sobre Dios, la creación, la Biblia o el demonio. Hacen preguntas y más preguntas, pero no esperan la respuesta. No parece interesarles. Naturalmente, todas las palabras son inútiles si no hay una búsqueda sincera de Dios en el interior de la persona. Lo importante no es hablar de “cosas de religión”, sino hacerle un sitio a Dios en la propia vida.

A otros les gusta discutir sobre religión. No saben hablar de Dios si no es para defender su propia posición y atacar la del contrario. De hecho, muchas discusiones sobre temas religiosos no hacen sino favorecer la intolerancia y el endurecimiento de posturas. Sin embargo, quien busca sinceramente a Dios, escucha la experiencia de quienes creen en él e, incluso, la de quienes lo han abandonado. Yo tengo que encontrar mi propio camino, pero me interesa conocer dónde encuentran los demás sentido, aliento y esperanza para enfrentarse a la existencial.

En cualquier caso, lo más importante para orientarse hacia Dios es invocarlo desde el fondo del corazón, a solas, en la intimidad de la propia conciencia. Es ahí donde uno se abre confiadamente al misterio de Dios o donde decide vivir solo, de forma atea, sin Dios. Alguien me dirá: “Pero, ¿cómo puedo yo invocar a Dios si no creo en él ni estoy seguro de nada?” Se puede. Esa invocación sincera en medio de la oscuridad y las dudas es, probablemente, uno de los caminos más puros y humildes para abrirse al misterio y hacerse sensible a la presencia de Dios.

El evangelio de Juan nos recuerda que hay ovejas que “no son del redil” y viven lejos de la comunidad creyente. Pero Jesús dice: “También a éstas las tengo que atraer, y escucharán mi voz”. Quien busca con verdad a Dios, escucha, tarde o temprano, esta

voz de Jesús en el fondo de su corazón. Primeramente con reservas tal vez, luego con más fe y confianza, un día con alegría honda.

(D)

ESCUCHAN MI VOZ

Es frecuente ver en los periódicos títulos como éste: “La canción más escuchada de la semana”. “El libro más vendido de la semana”. ¿Algún día pudiera aparecer algún título que dijese: “La voz más escuchada por los cristianos durante la semana”?

Los cristianos, como el resto de la gente, escuchan muchas voces, muchas canciones, muchas radios, muchas noticias.

¿Será la voz de Jesús Resucitado en la comunidad, una de esas voces más escuchadas?

Y no será porque en la Iglesia falten las palabras. En la Iglesia, como en la sociedad, hay exceso de palabras, hay exceso de discursos, de declaraciones. Pero me temo que haya exceso de “charlatanes”. Pagola escribía hace unos años, 1993, a propósito del Congreso sobre “Evangelización y hombre de hoy”, algo que creo sigue teniendo actualidad. Se trata del mensaje final donde se hace una sincera confesión: “Nos hemos sentido, en conjunto, como evangelizadores mediocres, cobardes a veces, divididos, rutinarios. Nos sobran palabras. Y nos falta la Palabra”.

¿A quién escuchan realmente nuestros fieles hoy? ¿A nosotros o a Jesús el buen Pastor resucitado?

¿Qué escuchan nuestros fieles hoy? ¿Nuestras palabras, nuestras ideas, nuestras teologías, nuestras ideologías o incluso nuestra palabrería vacía porque es palabra rutinaria, improvisada, no pensada, no vivida, sino para llenar un espacio porque algo tenemos que decir, o escuchan la Palabra de vida y de esperanza de Jesús el buen Pastor resucitado?

Leyendo lo que dice Jesús: “Mis ovejas escuchan mi voz”, me entra una cierta angustia preguntándome a mí mismo: “¿Y mis

ovejas, que son las tuyas, escucharán hoy su voz en mi voz?”
¿Escucharán la voz de Jesús en la voz de la Iglesia? ¿No estarán cansadas de escuchar siempre lo mismo, palabras que no despiertan el interés ni el gusto espiritual? ¿Palabras que adormecen el espíritu y no hacen brotar la esperanza? ¿Palabras que les resbalan por la piel del alma y no logran entrar dentro? No me ilusiona cuando me dicen: “¡qué bonito ha hablado!” Más me ilusionaría sentir que alguien me dijera: “lo que ha hablado me ha llegado al alma, sentía que estaba dicho para mí, ha llevado consuelo, ilusión y esperanza a mi alma”.

¿Por qué escuchan a Jesús?

Porque las palabras de Jesús llevan vida: “y yo les doy la vida eterna”.

Porque las palabras de Jesús abren y llegan al corazón: “yo las conozco”.

Porque las palabras de Jesús despiertan las esperanzas dormidas.
Porque las palabras de Jesús son buena noticia de Dios cada día.
Porque las palabras de Jesús responden a sus inquietudes y vacíos.

Porque las palabras de Jesús son invitación al seguimiento: “y ellas me siguen”.

Jesús dijo: “El que a vosotros os escucha, a mí me escucha”.

Aquí está el problema.

Nos escuchan a nosotros, ¿pero le escuchan a El en nuestra voz?

Oyen nuestras palabras, ¿pero oyen en ellas la voz de Jesús?

Jesús se hizo Palabra de Dios.

Nosotros debiéramos hacernos palabra de Jesús.

Porque solo así, quien nos escucha, le escuchará a El.

Jesús fue Palabra encarnada de Dios.

¿Seremos nosotros palabra encarnada de Jesús?

Jesús fue Palabra, Evangelio de Dios.

¿Seremos nosotros palabra, Evangelio de Jesús hoy?

¿No sobrarán hoy también las palabras y faltará la verdadera Palabra?

Los “pastores” tenemos la misión de representar a Jesús, pero no de suplantarlo.

La misión de hacer que Jesús pueda hablar hoy a través de nosotros.

Pero nosotros no podemos suplirlo.

Y para poder ser la voz del Buen Pastor, primero también nosotros tenemos que escucharle a El. Los verdaderos profetas no hablan en nombre propio sino lo que han oído y escuchado a Dios. No dicen: “yo digo” sino el “Señor dice”.

En la Iglesia todos estamos llamados a ser micrófonos de Dios.

Pero la voz que la gente tiene que escuchar es la de Dios. Y esto es lo difícil.

La gente quiere escuchar a Dios, a Jesús el Buen Pastor.

Por eso tenemos que anunciar su Palabra más que nuestras palabras.

Nosotros decimos palabras. Pero El es la Palabra.

Nosotros somos su rostro visible. Pero los fieles tienen que ver el rostro de Él.

La gente no seguirá a Jesús escuchándonos a nosotros, sino escuchándole a Él a través de nosotros.

La gente no tendrá vida escuchándonos a nosotros, sino escuchándole a Él a través de nosotros. Al fin y al cabo, también nosotros, pastores hoy, somos ovejas del rebaño que escucha y quiere seguir a Jesús y quiere tener “vida eterna”.

(E)

El jesuita Pedro Arrupe se encontró en 1945 en medio de la más espantosa catástrofe que hasta entonces había conocido la humanidad: la explosión de la primera bomba atómica sobre Hiroshima. Aquella mañana, cuando acababa de decir misa, una luz intensísima convirtió en cenizas a la ciudad y produjo en pocos minutos más de doscientos mil muertos y heridos.

La primera reacción del Padre Arrupe fue acudir a la capilla, que había quedado medio destruida. Y pregunta: «¿Por qué, Dios

mío, permites esto?». Y se contesta a sí mismo: «Dios respeta nuestra libertad. Ser hombre es tener libertad. De lo contrario, en vez de hombres seríamos marionetas. Dios no fabrica bombas atómicas. Él sufre más que nosotros por nuestras locuras. Dios lo que quiere es que juntemos nuestras manos para que, con su ayuda, tratemos de reconstruir todo lo que podamos».

Pero el Padre Arrupe no perdió el tiempo en hacerse preguntas o en lamentaciones. Hizo lo único que podía hacer.

«Salí de la capilla -dice el jesuita- y la decisión fue inmediata: haríamos de la casa donde vivíamos un hospital.

Me acordé de que había estudiado medicina hacía años, años lejanos ya, sin práctica posterior, pero que en aquellos momentos me convirtieron en médico y cirujano. Fui a recoger el botiquín y lo encontré entre ruinas, destrozado, sin que hubiera en él nada aprovechable, fuera de un poco de yodo, algunas aspirinas, sal de frutas y bicarbonato».

Es decir, que el Padre Arrope no contaba con nada. Pero con esta nada se construyó el primer hospital improvisado de Hiroshima, al que poco después comenzaron a llegar heridos como fantasmas ambulantes, con la piel en jirones, hecha un amasijo, con la ropa ennegrecida, los cuerpos cubiertos de ampollas y manchas rojas y violetas.

Y en aquel improvisado hospital, con un médico que no era médico, con medicinas que no eran medicinas, fueron aliviados muchos dolores, suavizadas algunas muertes y curados no pocos. Se hizo... lo que se pudo. En todo caso se hizo infinitamente más de lo que se habría hecho si el Padre Arrupe se hubiera sentado para llorar o lamentarse.

No me extraña que un jefe de la policía japonesa le haya dicho: «Predique, predique una religión como esa».

Sin embargo, yo más bien diría: «Vivamos, vivamos una religión como esa».

Pienso ahora en tantas bombas atómicas que estallan en tantas almas: aquella traición de la persona a la que se quiere, traición a veces que es peor que un veneno; esa muerte de un ser querido

que convierte tu corazón en cenizas... Tantas y tantas catástrofes ante las cuales parece que ya no tenemos nada que hacer; pero siempre podemos hacer algo. Siempre tendremos dos manos para seguir luchando, una fuerza para seguir esperando y un corazón para seguir amando.

Es verdad que en nuestro dolor a veces nos parece que todo se hunde bajo nuestros pies. El mismo Jesús agonizante, ante el misterio del dolor; se siente abandonado de Dios y pregunta: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Pero un momento después muere con estas palabras en sus labios: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Es que tuvo fuerzas hasta el último suspiro para seguir esperando. La esperanza de Jesús no ha sido inútil. Dios lo resucitó de entre los muertos para la vida eterna. También nosotros, si escuchamos la voz de Jesús, el buen Pastor, resucitaremos para la vida eterna, vida eterna en la que no habrá más lágrimas en nuestros ojos, pues viviremos una dicha sin fin.

P. Juan Jáuregui Castelo